

Artaud, Uccello

LA FASCINACIÓN QUE LA FIGURA DEL PINTOR RENACENTISTA PAOLO UCCELLO ejerció sobre la imaginación del poeta Antonin Artaud (1896-1948) queda ejemplarmente plasmada en los dos textos que siguen. El pintor que descubre la perspectiva y pone los puntos de fuga en cuadros de batallas menos vistas que soñadas. El poeta que inventa el teatro de la crueldad y comienza por vivirlo en su propia psique. Los separa un océano de tiempo. Los une el vigor de la imaginación. En un texto no demasiado conocido (“El verbo encarnado”), Alejandra Pizarnik afirma: “La poesía de Artaud no tiene casi nada en común con la poesía clasificada y definida. Puesto que su obra rechaza los juicios estéticos y los dialécticos, *la única llave* para abrir una referencia a ella son los efectos que produce. Pero esto es casi indecible, pues esos efectos equivalen a un golpe físico. Si se pregunta de dónde proviene tanta fuerza, se responderá que del más grande sufrimiento, físico y moral. El drama de Artaud es el de todos nosotros, pero su rebeldía y su sufrimiento son de una intensidad sin paralelo.” Leámoslo. Hice las traducciones en colaboración con Bárbara Vial.

Uccello, la hebra

Para Génica

Uccello, mi amigo, mi quimera, viviste con este mito hebras. La sombra de esta gran mano lunar donde imprimes las ilusiones de tu cerebro, nunca llegará hasta la vegetación de tu oído que gira y hormiguea a la izquierda con todos los vientos de tu corazón. A la izquierda las hebras, Uccello, a la izquierda los sueños, a la izquierda las uñas, a la izquierda el corazón. Es a la izquierda donde todas las sombras se abren, naves, como sombras de orificios humanos. La cabeza acostada en esta mesa en la que se hunde toda la humanidad, qué más ves sino la sombra inmensa de una hebra. De una hebra como dos bosques, como tres uñas, como un pasto de pestañas, como un rastrillo en las hierbas del cielo. Sofocado el mundo, y suspendido, y vacilando infinitamente en las llanuras de esta mesa donde inclinas tu pesada cabeza. Y a tu lado, cuando interrogas las caras, qué ves sino una circulación de ramas, una reja de venas, la huella minúscula de una arruga, el entramado de un mar de cabello. Todo es envolvente, todo es vibrátil y qué vale el ojo sin sus pestañas. Lava, lava las pestañas, Uccello, lava las líneas, lava la huella temblorosa de las hebras y de las arrugas en estas caras de muertos colgantes que te miran como huevos, y en tu palma monstruosa y llena de luna como de una luz de hiel, ahí está otra vez la augusta huella de tus hebras que emergen con sus líneas tan finas como los sueños en tu cerebro de ahogado. De una hebra a otra, cuántos secretos y cuántas superficies. Pero dos hebras, una junto a otra, Uccello. La línea ideal de las hebras inexplicablemente fina y repetida dos veces. Existen arrugas que dan la vuelta a la cara y que se prolongan hasta el cuello, pero debajo del cabello existen también arrugas, Uccello. Así que puedes dar toda la vuelta a este huevo que cuelga entre las piedras y los astros, y que sólo posee la doble animación de los ojos.

Cuando pintaste a tus dos amigos y a ti mismo en un lienzo bien preparado, dejaste en el lienzo como la sombra de un extraño algodón, y ahí entiendo tus añoranzas y tu pena, Paolo Uccello, mal iluminado. Las arrugas, Paolo Uccello, son cordones, pero los cabellos son lenguas. En uno de tus cuadros, Paolo Uccello, he visto la luz de una lengua en la sombra fosforosa de los dientes. Es por la lengua que alcanzas la expresión viva en los lienzos inanimados. Y es a través de eso que vi, Uccello, todo envuelto en tu barba, que me habías entendido y definido con anticipación. Dichoso seas tú que tuviste la preocupación rocosa y terrestre por la profundidad. Viviste en esta idea como un pez animado. Y en los círculos de esta idea das vueltas para siempre y te persigo a tientas, siguiendo el hilo de la luz de esta lengua que me llama desde el fondo de una boca milagrosa. La preocupación terrestre y rocosa por la profundidad, yo que carezco de tierra en todo nivel. ¿Sospechaste realmente



Con Jorge Esquinca en la presentación de *La Colmena*, FIL Guadalajara (28 de noviembre de 2009).

mi descenso a ese bajo mundo con la boca abierta y el espíritu perpetuamente sorprendido? ¿Sospechaste estos gritos en todos los sentidos del mundo y de la lengua, como de un hilo perdidamente devanado? La larga paciencia de las arrugas es lo que te salvó de una muerte prematura. Porque, lo sé, habías nacido con el espíritu tan hueco como el mío, pero este espíritu lo pudiste fijar sobre algo que es aún más poca cosa que la huella y el principio de una pestaña. A la distancia de una hebra, te balanceas encima de un temible abismo del que, sin embargo, estás separado para siempre.

Pero bendigo también, Uccello, pequeño niño, pequeño pájaro, pequeña luz desgarrada, bendigo tu silencio tan bien plantado. Aparte de esas líneas que empujas de la cabeza como una fronda de mensajes, sólo queda de ti el silencio y el secreto de tu bata cerrada. Dos o tres signos en el aire, quién es el hombre que pretende vivir más que esos tres signos, a quién, a lo largo de las horas que le cubren, pensaríamos pedirle más que el silencio que le precede o que le sigue. Siento todas las piedras del mundo y el fósforo de la superficie que mi paso acarrea, hacer su camino a través de mí. Forman las letras de una sílaba negra en los pastos de mi cerebro. Tú, Uccello, enseñas a no ser más que una línea y el alto estado de un secreto.

Pablo Pájaros o el sitio del amor

Paolo Uccello se agita en medio de un vasto tejido mental donde ha perdido todos los caminos de su alma y hasta la forma y la suspensión de su realidad.

Abandona tu lengua Paolo Uccello, abandona tu lengua, mi lengua, mierda, ¿quién es este que habla?, ¿dónde estás? Más allá, más allá, Espíritu, Espíritu, fuego, lenguas de fuego, fuego, fuego, come tu lengua, viejo perro, come su lengua, come, etc. Arranco mi lengua.

SÍ.

Mientras tanto Brunelleschi y Donatello se desgarran como condenados. El punto pesado y sopesado del litigio es sin embargo Paolo Uccello, quien se encuentra en un plano distinto.

También Antonin Artaud. Pero un Antonin Artaud en gestación, del otro lado de todos los vasos mentales y esforzándose para pensarse en otro lugar (en casa de André Masson, por ejemplo, que tiene el mismo aspecto físico de Paolo Uccello, un físico estratificado de insecto o de tonto, atrapado como una mosca en la pintura, en su pintura que por lo tanto se vuelve estratificada).

Y de hecho es en él (Antonin Artaud) que se piensa Uccello, pero cuando se piensa ya no está verdaderamente en él, etc., etc. El fuego en el que maceran su hielo se convirtió en un bonito tejido.

Y Paolo Uccello continúa la operación molesta de este arranque desesperado.

Se trata de un problema que también se planteó al espíritu de Antonin Artaud, pero Antonin Artaud no necesita un problema, ya lo tiene bastante jodido su propio pensamiento, entre otras cosas por haberse encontrado a sí mismo y descubierto como un mal actor, por ejemplo ayer, en el cine, en *Surcouf*, sin que esta larva de Pequeño Pablo venga a comerse su lengua dentro de él.

El teatro fue construido y pensado por él. Metió aquí y allá arcadas y planos en los que todos sus personajes se sacuden como perros.

Hay un plano para Paolo Uccello, y un plano para Brunelleschi y Donatello, y un pequeño plano para Selvaggia, la esposa de Paolo.

Dos, tres, diez problemas se entrecruzaron de repente con los zigzags de sus lenguas espirituales y todos los movimientos planetarios de sus planos.

En el momento en que se levanta el telón, Selvaggia está muriendo.

Paolo Uccello entra y le pregunta cómo está. La pregunta tiene el don de exasperar a Brunelleschi que hiere la atmosfera únicamente mental del drama con un puño material y tenso.

BRUNELLESCHI. – Puerco, loco.

PAOLO UCCELLO, *estornudando tres veces*. – Imbécil.

Pero primero, describamos a los personajes. Démosles una forma física, una voz, un atavío.

Pablo Pájaros tiene una voz imperceptible, un paso de insecto, un traje demasiado grande para él.

Brunelleschi tiene una auténtica voz de teatro sonora y bien encarnada. Se parece a Dante.

Donatello está entre los dos: San Francisco de Asís antes de los Estigmas.

La escena se desarrolla en tres planos.

Inútil decirles que Brunelleschi está enamorado de la esposa de Pablo Pájaros. Le reprocha, entre otras cosas, dejarla morir de hambre. ¿Se muere de hambre en el Espíritu?

Pues estamos *únicamente* en el Espíritu.

El drama consta de varios planos y caras; consiste tanto en la estúpida pregunta de saber si Paolo Uccello terminará por adquirir suficiente piedad humana para dar de comer a Selvaggia, como en saber cuál de los tres o cuatro personajes perseverará más tiempo en su plano.

Porque Paolo Uccello representa el Espíritu, no precisamente *puro*, sino *indiferente*.

Donatello es el Espíritu realzado. Ya no mira hacia la tierra, pero todavía tiene en ella los pies.

Brunelleschi está completamente enraizado a la tierra y desea a Selvaggia terrestre y sexualmente. Sólo piensa en coitar.

Paolo Uccello no ignora la sexualidad, pero la ve acristalada y mercurial, fría como el éter.

Y en cuanto a Donatello, él ya no la añora.

Paolo Uccello no tiene nada en su traje. Sólo un puente en lugar del corazón.

A los pies de Selvaggia hay una hierba que no debería de estar ahí.

De repente, Brunelleschi siente su verga hincharse, volverse enorme. No puede detenerla y levanta el vuelo como un gran pájaro blanco, como esperma que se atornilla girando en el aire.

Versión de Jorge Esquinca